

MITOS Y REALIDADES DE LA BRUJERÍA

Hay quienes creen en las brujas con gran convencimiento, mientras otros las consideran producto de la imaginación popular. La historia de las brujas es muy tortuosa, tejida de realidad y de ficción, que nació en tiempos ancestrales y sigue su camino hasta hoy.

Durante los siglos XII y XIII, el concepto de brujería se equiparó con el de hechicería, debido principalmente, a las tradiciones cristianas vigentes. Hasta ese momento, esa práctica no se castigaba con la muerte, siempre y cuando, ésta no derivara en un daño concreto.

En el siglo XIV las cosas cambiaron, y el uso del término se extendió al de herejía, que se entendía como la traición a Dios, y que podía definirse como “el rechazo consciente de un dogma o la rígida adhesión a una secta cuyas doctrinas han sido condenadas por la Iglesia Católica, por ser contrarias a la fe”. Tal hecho fue el responsable oficial del asesinato de miles de personas en Europa durante esa época.

A pesar de que en muchas partes del mundo, la brujería se practicó y se castigó, el concepto no llegó a generalizarse, debido a su carácter eminentemente cristiano, que le dio ruta franca a la Inquisición contra todas aquellas personas sobre las que se tuviera siquiera una sombra de duda con respecto de sus actividades.

El papa Juan XXII confirió a la Santa Institución, el control absoluto sobre todas las modalidades de hechicería; aunque fue el papa Nicolás V, junto con el inquisidor de Francia Hughes Lenoir, quienes publicaron el “Malleus Maleficarum”, considerado el primer manual que codificó la brujería como una herejía, y que incluyó, además, términos como pacto, aquelarre y vuelo nocturno.

En Europa, durante ese tiempo, toda persona era una bruja o un hereje en potencia, y por consiguiente, una posible fuente de ingresos para la Inquisición, que compartía con las autoridades civiles, los bienes que confiscaban a los condenados.

La imagen popular que se tenía de la bruja como encarnación del mal, era la de una mujer vieja, coja, de ojos nublados, pálida, sucia y llena de arrugas. Como la gran mayoría de acusadas de brujería eran mujeres, tal fue la idea que prevaleció incluso en los cuentos infantiles. La fealdad era indicio de la condición maléfica de una persona, y se consideró el distintivo de aquellas catalogadas como brujas.

Igual ocurría con los hijos de las acusadas, pues se sostenía que la infección de la brujería se transmitía de los padres pecadores a los hijos, mediante una especie de contagio, cuando aquellas se procuran los favores de los demonios, argumento categórico en los diferentes procesos que se llevaban a cabo.

Otras ideas en torno de esos personajes eran las de mujeres engañadas y persuadidas por el diablo, quien las obligaba a formar un pacto mediante el cual se podía realizar cualquier acto de maldad, como agitar los aires con rayos y centellas, provocar tempestades, ser transportadas por su demonio familiar que adoptaba formas de cabras, cerdos, terneros y otros animales.

Se decía, además, que las brujas habían olvidado las oraciones santas, pero que a cambio, poseían una lengua muy afilada. Es claro, entonces, que se tenía la creencia de que en cada uno de los actos de las brujas, estaba presente el diablo, en oposición de Dios.

Puede afirmarse, en consecuencia, que la brujomanía fue un hecho eminentemente cristiano, en la medida que se oponía a su doctrina en cualquiera de sus vertientes.

Así, a partir de 1400, la Inquisición arremetió contra las brujas e incluso ayudó a extender la idea de que ellas constituían un grupo o secta organizada, a la que fue muy fácil atribuirle reuniones y ritos extraños.

Uno de ellos era el conocido como aquelarre, que se explicaba como una reunión de brujas y demonios en la que se llegaba al punto máximo de satanismo mediante la parodia blasfema de ritos cristianos, orgías interminables y planes para subvertir el orden establecido, que debía entenderse como el nudo imposible de desatar, de la Iglesia con el Estado.

También surgió el término *sabbat*, que muchos equiparaban con aquelarre, mientras otros pensaban que era una palabra hebrea que servía para designar el séptimo día, y que fue atribuida a las actividades de las brujas, como signo hostil hacia los judíos.

Fue tanta la confusión semántica, que los teólogos e ideólogos de la Inquisición no dejaron pasar por alto tal oportunidad, y le atribuyeron a las brujas, actos que tiempo atrás, llevaron a la hoguera a cátaros, valdenses, albigenses y búlgaros.

A tanto llegó la persecución, que algunas fiestas sagradas para algunos pueblos, perdieron ese carácter, y por intervención de la Inquisición, pasaron a ser simples celebraciones de aquelarres; como el 31 de octubre, origen del Halloween, el 30 de abril, festivos para los celtas y los galos, la fiesta invernal del 2 de febrero, la

primaveral, la estival del 1 de agosto y la otoñal del 21 de diciembre, fechas en las que los pueblos paganos de Europa celebraban el paso de una estación a otra. Por decirlo de algún modo, cualquier reunión de más de dos personas estaba prohibida, siempre y cuando no fuera para admirar a Dios y a la Santa Inquisición.

La gran mayoría de procesos por brujería estuvieron enmascarados por las más flagrantes violaciones a la ley natural de defensa legítima; más no a la civil existente en ese tiempo. Se aceptaron como prueba irrefutable, testimonios inconscientes de niños menores de 12 años, la vecindad con la acusada, las historias delirantes de vuelos y pactos con el diablo, menciones sin comprobación de actos de hechicería, y hasta malas miradas, además de la mencionada fealdad física.

Los procesos tuvieron su punto culminante durante la etapa de transición del feudalismo al capitalismo, y muchas injusticias cometidas en ese entonces, sirvieron como referencia para condenas posteriores.

En 1.597, gracias a la publicación de un decreto del rey Jaime, se desencadenó en Aberdeen, Escocia, una cacería de brujas que desembocó en la ejecución de 24 personas, a las que se acusaba de bailar con el diablo alrededor de la cruz, emplear la "ligadura" para incitar a los hombres casados a ser infieles, agriar la leche y embrujar animales.

Allí se conoció una práctica que aún hoy se usa en China: las familias de los sentenciados debían correr con todos los gastos que la ejecución demandaba. Así, durante esa época, los padres y los hermanos cancelaban la suma de 11 chelines y 10 libras por concepto de los barriles de alquitrán y los honorarios del verdugo.

En Francia, la situación no variaba mucho. Casi 150 años atrás, se encendían las fogatas con brujas. En Arras, y teniendo como base acusaciones anteriores, hechas en contra de los valdenses, la Inquisición inició procesos que derivaron en condenas a muerte, por cargos como adoración al demonio, vuelos nocturnos y pisoteo de la cruz.

En Inglaterra, el primer proceso por brujería fue durante el reinado de Isabel I en 1.566, y fue conocido como el de las brujas de Chelmost. No había, al contrario de otros similares, acusaciones por pactos con el diablo, ni por celebración de aquelarres, sino que más bien las acusaciones se encaminaban a la existencia de demonios familiares y a la abundancia de actos simples de maleficio.

Sin embargo, el juicio más conocido fue tal vez, el de las brujas de Lancashire, donde murieron más de 20 personas, acusadas de volar y adoptar diferentes formas de animales para celebrar sus aquelarres; mientras que otros, como el de las brujas de Warboys, tuvo como principal característica la lucha de clases.

En efecto, algunas niñas pertenecientes a familias distinguidas de Warboys, se dedicaron a imitar la epilepsia de una de ellas y acusaron a una humilde anciana de ser la causante de "tan terribles convulsiones". Fue tanta la maldad de las niñas que tiempo después, la mujer, hastiada con tanto acoso, las conminó a no molestarla más, y las infantes, asustadas, obedecieron.

Sin embargo, ese fue, precisa y paradójicamente, el motivo que exhibieron sus acusadores para demostrar el gran poder de la anciana. Por tal causa, fue incinerada junto con su hija, a la que el jurado le ofreció el indulto, a cambio de una confesión firmada de que había sido poseída por el demonio. La joven se negó ante tal pretensión diciendo que podrían decir que era bruja, pero no prostituta.

Todo lo referente a brujas y demonios llegó a USA con los primeros colonizadores ingleses, se desarrolló según cada región y sus costumbres, pero conservó el perfil heredado.

No hay duda que el proceso más recordado todavía hoy, es el de las brujas de Salem en Massachussets, donde se repitió aproximadamente el mismo procedimiento.

Algunas jóvenes, por travesuras, temores, supersticiones o juegos, y muchas veces por fenómenos inexplicables desarrollados alrededor de ellas, creaban una atmósfera apropiada para exaltar la imaginación dogmática de ciertos creyentes ortodoxos.

Fueron acusadas, execradas, obligadas a confesar unas culpas que no tenían, y estimuladas para que se delataran entre ellas. Más tarde, condenadas por una asamblea de "sabios" ortodoxos debieron resignarse a los castigos por su grave e inventada falta.

Pero aunque este caso adquirió notoriedad, no representó ni la mínima parte de lo que acontecía en la sociedad norteamericana por aquellos tiempos.

Los numerosos cuadros sobre aquelarres o reuniones de brujos pintados por Francisco de Goya, proporcionan un excelente testimonio de lo extendida que estaba la creencia en las mismas, en la España del siglo XVIII. Allí y en otros testimonios, se puede observar que en los ritos aparecía el macho cabrío como representación de satán, quien presidía el acto, donde no faltaban sacrificios humanos.

Las actividades de las brujas eran múltiples. Se las buscaba para que se comunicaran con un mundo oculto, con la finalidad de obtener favores, no siempre generosos y desinteresados.

Para cumplir con lo que se les pedía se valían de técnicas de adivinación utilizando bolas de cristal, leyendo los pliegues de las palmas de las manos, tirando las cartas para interpretar mensajes ocultos, observando la borra del café que quedaba en el fondo de la taza, y miles de procedimientos misteriosos.

A la hora de aconsejar el remedio para las tribulaciones del consultante, se valían de pócimas donde se conjugaban los más extraños ingredientes, algunos repugnantes o muy difíciles de conseguir, insertaban alfileres en estatuillas con el fin de que una persona sufriera o muriese, preparaban filtros de amor con la finalidad de actuar sobre la voluntad y los sentimientos de alguien que se resistía a emparejarse con la persona que buscaba esos recursos para “convencerlo”.

En América latina, la resistencia a la domesticación y la teologización, como también buena parte de los problemas sociales, se achacaron a la población negra y esclava, así como a aquellas personas molestas o inconvenientes para los propósitos de la Corona Española, sobre quienes habitualmente caían las acusaciones de brujería o magia negra.

Sin embargo, no pueden dejarse de lado las costumbres y creencias llevadas a esas tierras por los esclavos africanos, cargadas de magia y animismo, que levantaban la suspicacia, sobre todo de los jefes de la Iglesia.

Se impuso la persecución a todos aquellos ritos que no fueran ortodoxos y se tildó de brujería a todo lo extranjero, que sin duda no se entendía. Con este pretexto se quemó y se ahorcó a mucha gente bajo la acusación de pactos con el diablo.

A partir de allí, las brujas también entraron en la modernización, y las brujas de antaño, las feas con escobas y nariz larga, han desaparecido y sólo quedan en unas pequeñas y nostálgicas líneas en los cada vez más olvidados libros infantiles.

A medida que el mundo se movía en los procesos de desarrollo, las brujas adoptaban nuevas formas y costumbres. Hoy, algunas de ellas se han convertido en personas cultas, elegantes, estudiosas de los fenómenos paranormales, y apoyadas en la informática y otras tecnologías modernas. Se las llama psíquicas y se admite que las facultades no son exclusivas de las mujeres, aunque es evidente que entre ellas aparentemente es más frecuente.

En cuanto a sus consejos, se han convertido, muchas veces, en tratamientos psicológicos, y en verdaderos testimonios de intuición. Así, pueden verse aconsejando a presidentes de naciones o colaborando con los departamentos de inteligencia de los estados.

Sin embargo, este no es el perfil general, porque también existen sórdidos seres que amparándose en la ignorancia de muchos, no titubean en engañarlos vilmente, sólo con un interés monetario.

Las brujas han evolucionado porque se está entendiendo que aquellas que realmente tienen facultades paranormales, no poseen un poder satánico, sino un atributo natural y común a todos los seres humanos.